

Por todas partes se notaban síntomas de próximos sucesos extraordinarios.

Y estos sucesos no podían ser favorables á la execrable pandilla de aventureros que ejercía el poder.

Todos los ministros temblaban de miedo.

Sus resoluciones adolecían de esa imprudencia que surge del desasosiego del alma.

Y cuando mayores eran sus temores, una nueva ocurrencia debía excitar la alarma y el sobresalto en el PALACIO DE LOS CRÍMENES; y en efecto, puso en la mayor confusión á los *polacos*.

Nos referimos á la ocultación de O'Donnell que será objeto del próximo capítulo.



### CAPITULO XIII.

#### VICTOR EL CAZADOR.

Retorna á tus hogares,  
retorna, cazador,  
y premie tus fatigas  
el lauro vencedor.

Tu valor,  
cazador,  
premie el lauro vencedor. (1)

Una de las figuras que mas descuellan entre el grupo de valientes que inauguraron el glorioso alzamiento de 1854, es á no dudar el general O'Donnell.

¡Ojalá hubiera correspondido posteriormente á las esperanzas del pueblo!

El 17 de enero supo que estaba firmada la orden de su destierro, y viendo que eran ya infructuosos los medios legales para der-

(1) Estos versos y cuantos alternan con la prosa de este capítulo, están tomados de la zarzuela *El Valle de Andorra*.

rocar la inmoralidad, puesto que los hombres que por ella avasallaban y escandalizaban al país, de día en día mas ciegos y desalentados, se entregaban á todo linaje de inauditas violencias para afianzar con el terror una situacion tiránica que de ninguna manera podía legalmente consolidarse, resolvió el vencedor de Lucena salvar al país de tan abominable esclavitud.

Para llevar á cima su arriesgada y noble empresa, ocultóse primero en una casa de la plazuela de Bilbao, pasó después á la del marqués de la Vega de Armijo, y por fin á otra habitacion de la Corredera de San Pablo, donde se creia mas seguro.

Esta conducta de un general de los antecedentes de O'Donnell, cuya firmeza de carácter y pundonorosos sentimientos como rígido observador de la disciplina militar, daba mayor significacion al acto de desobediencia con que inauguraba la realizacion de su pensamiento, aterró al gabinete.

El odiado ministerio conocia toda la importancia y gravedad de semejante paso; tampoco se le ocultaba el prestigio de que gozaba el conde de Lucena en el ejército, y las simpatías y esperanzas que su ocultacion habia despertado en el oprimido pueblo; así es que todas las disposiciones ministeriales para apoderarse de tan sagaz como temible enemigo, respiraban aquel aire de ridícula jactancia que es siempre la espresion de un miedo cervical.

Hay cosas á las cuales no se adapta el estilo serio, y este es el motivo por el que nos es absolutamente imposible conservar la decantada gravedad española, al tener que tratar de los risibles esfuerzos que hacia el aterrado ministerio para disimular la zozobra en que le tenia la CALAVERADA de O'Donnell.

La consternacion y el espanto habian tambien invadido en bastante dosis el palacio de la calle de las Rejas, y como suponemos

que las *influencias* gastan camisas, estamos seguros que no le llegaba al cuerpo la del *poder oculto*.

Sin embargo, tambien en este encantado recinto se trataba de disimular la pavora que dominaba á sus nunca bien ponderados moradores; pero en medio de todo esto, aparentaban cierto desden heróico, y se reian á carcajadas de la *falsa posicion* en que se habia colocado O'Donnell, sobre la cual se les ocurrían chistes muy donosos, porque hay que tener en cuenta que para eso de hacer burla y escarnio de sus enemigos, tienen los señores cortesanos una gracia particular... les dá el naipe á las mil maravillas para inventar apodos, y para que nuestros lectores se convenzan de esta verdad, bastará que sepan lo siguiente:

Con el objeto de eludir el general don Leopoldo O'Donnell la orden de confinamiento ó destierro que contra él habia fulminado el gobierno, no quiso recibirla, y al efecto pretestó su familia al portador, que el general *se hallaba de caza*.

Esta ocurrencia hizo reir á los palaciegos hasta la dislocacion de las ternillas, si hemos de guiarnos por las apariencias, y no faltó un ingenio de sobresaliente chispa que escitase la hilaridad general, aplicando á O'Donnell el epíteto de *Victor el cazador*, nombre del protagonista de la zarzuela *El Valle de Andorra*, y hay quien dice que doña María Cristina cantó con graciosa coquetería la siguiente copla:

Hijo fiel de la montaña,  
mas que pompa y vanidad,  
él prefiere su cabaña  
y su santa libertad.

Figúrense nuestros lectores los aplausos con que acogerian los palaciegos este destello de la chispa ducal, si es que sea cierto que

semejante copla pudiese cantar la esposa de don Fernando Muñoz en tan peliagudas circunstancias, porque á pesar de las aparentes risitas, de los violentos chistes y de las chanzonetas con que aquellos buenos señores distraían el miedo, la *cacería en cuestión* no era para caída en saco roto.

¿Qué hacer en tal conflicto?

No le quedaba al gobierno mas recurso que apelar á la verdad de los refranes, como solía hacer Sancho Panza en sus mayores apuros.

*Un clavo saca otro clavo* dijo el primer conde de San Luis, y se decidió por *cazar al cazador*.

A este efecto, vistióse el primer conde de botín y zamarra, cogió su mejor escopeta de dos cañones y lanzando tras la pista de la liebre los galgos y podencos de toda la policía, echóse á andar por esos cerros de Dios, días, semanas y meses sin hallar la madriguera que buscaba á pesar del buen olfato de sus lebreles de tricornio, y eso que á todos momentos cantaban con entusiasmo:

De noche y de día,  
por valle y altura  
la liebre maldita  
persigo tenaz:  
ni breñas, ni rocas,  
ni negra espesura  
mi activa carrera  
detienen jamás.

Y los perros guindillas aullaban en alabanza de su amo lo siguiente:

Valor y destreza  
fortuna le dan,  
ni fiera le burla  
ni liebre fugaz.

Alentado Luisito por el coro de sus perros, proseguía de este modo:

Del bosque en el seno  
la indómita fiera  
con sordo rugido  
revuélvese audaz;  
Mas pronto en su pecho  
mi bala certera  
la vida le quita  
y el triunfo me dá.

Aquí se oyó un eco terrible que dijo: ¡QUIÁ!

Era la voz del pueblo de Madrid que se mofaba del primer conde... era el pueblo de Madrid que conocía la impotencia de un gobierno agonizante, que en sus últimos delirios lanzaba de vez en cuando destellos de energía, á la manera que dan recias sacudidas en su lecho, ciertos enfermos sin esperanza cuando mas se les aproxima la hora de bajar al sepulcro.

Para demostrar que las pesquisas contra O'Donnell eran una verdadera cacería, copiaremos lo que sobre ellas dijo *La Ilustración*, pues como figuró su director en estas circunstancias, es de presumir que sean sus datos los mas verídicos.

«Habiendo recaído alguna sospecha sobre el asilo que ocupaba, fué preciso buscar un nuevo domicilio, que reuniendo ciertas condiciones de seguridad no participase de los inconvenientes que ofrecían los enteramente impenetrables, con que le brindaban personas que tenían muy alta representación, pero á cuyo lado se hubiera visto imposibilitado de dirigir negocios como el de que se trataba.

Don Antonio Cánovas del Castillo, el señor marqués de la Vega de Armijo y don Angel Fernandez de los Rios con algun otro amigo del general, acordaron la traslación á casa del señor Fernandez

de los Rios y concertaron la manera de llevarla á cabo, no sin que la primera vez se interpusiese la policia á intentarlo; era esto el 23 de enero, y desde aquella fecha, en medio de que arreciaba tanto la persecucion y se hacian extraordinarias pesquisas, algunas con ciertos visos de fundamento, el general vivió seguro, aunque en habitaciones separadas por un solo tabique de las oficinas de *Las Novedades*, que lindan con el cuarto del señor Rios, y á las cuales concurrían tantas y tan diversas personas diariamente, sin olvidar la policia, que por maravilla dejaba de visitarlas todas las mañanas para las recogidas, que no porque pasaron en silencio eran menos efectivas; y para que no faltase ningun medio de averiguacion, hasta el fuego prendido en una chimenea hizo que se llenáran de gente las habitaciones que comunmente ocupaba el general.

El movimiento anticipado que el desgraciado brigadier Hore hizo en Zaragoza el 18 de febrero, vino á desconcertar los trabajos que habia preparado para el alzamiento, y sirvió de pretesto al gobierno para nuevas é inesperadas persecuciones.

Una de las personas destinadas á la deportacion fué el señor Fernandez de los Rios en union con los demás periodistas independientes, que habian firmado el célebre manifiesto de la prensa: el dia 23 de febrero á las tres de la mañana ocupó la policia la calle del Carbon, en que vivia el señor Fernandez de los Rios, y la de Jacometrezo en cuyo número 26 está la redaccion de *Las Novedades*, y logrando abrir silenciosamente la puerta de la calle del Carbon, se anunció á campanillazos en la de entrada á la habitacion del cuarto segundo; diez minutos después registraban minuciosamente toda la casa sin el menor resultado; la persona á quien buscaban y la que tanto hubieran celebrado encontrar sin buscarla, se habia puesto en salvo y oian tranquilamente las conversaciones de

la policia, que no abandonó su puesto hasta las siete de la mañana.

El dia pasó tranquilo, pero por la noche amenazaron nuevos registros; y O'Donnell, acompañado del señor Rios, se trasladó á una casa de la calle del Horno de la Mata, que tuvieron que abandonar á los cinco dias, para pasar á otra de la Travesía de la Ballesta, número 3, en la cual, salvo algunos dias en que hubo motivos para sospechar algun golpe de mano, permaneció O'Donnell hasta que llegó la fecha gloriosa del 28 de junio.

Si alguna prueba se necesitase de la inutilidad de la policia española, daríala cumplida la sola reseña de los trabajos que precedieron al movimiento; mas de una noche atravesó las calles el general O'Donnell acompañado del señor Fernandez de los Rios, y pasó por medio de la policia encargada de apresarle, á pesar de que su marcadisima figura favorecia las pesquisas y aumentaba el riesgo; tres meses pasaron así, siempre amenazado por las bravatas de Sartorius y de Quinto, que para disculpar lo mal servidos que estaban, no cesaban de hacer alarde de hallarse bien informados, anunciando la próxima captura de O'Donnell.

Durante los cuatro primeros meses, fueron contadísimas las personas que vieron alguna vez al general O'Donnell; el señor Fernandez de los Rios, en union con el señor Cánovas, oculto tambien á la sazon, y el señor marqués de la Vega de Armijo, le ponian en relacion con sus amigos.

O'Donnell y el general Concha, que se evadió de las persecuciones del gobierno pasando á Francia, como hemos dicho en otro capítulo, fueron el blanco de las iras del *Heraldo*, digno órgano del aborrecido gabinete.

Desatáronse los organistas en denuestos contra la reputacion de aquellos personajes, y era verdaderamente repugnante el leer se-

mejantes injurias contra acreditados militares, en un periódico reconocido por el eco de Sartorius y Esteban Collantes, hombres que salieron de la oscuridad para enaltecerse de improviso, adquirir riquezas y condecoraciones en premio de inauditos desafueros; pero como los emponzoñados dardos de tan débiles enemigos no podían empañar la hoja de servicios de aquellos generales, publicáronse en la *Gaceta* los decretos exonerándoles de sus grados títulos y honores, y dándoles de baja en el ejército, decretos que mas adelante daremos á conocer á nuestros lectores.

Entonces si que don Leopoldo O'Donnell, transformado en paisano por la soberana voluntad del primer conde, hallábase en el mismo caso que *Victor el cazador del Valle de Andorra*, y como él podía cantar:

Milagro es sin duda  
señor capitán  
el verme yo libre  
de ser militar.

Pero como O'Donnell no parecía haber quedado muy gustoso con la suerte de paisano, y habia jurado no presentarse en público sino con la espada desenvainada, prefirió otro de los bellos trozos que canta *Victor el cazador*, y haciendo en la letra algunas alteraciones, cantó de esta manera:

El fiero horrible conde  
se ensaña contra mí,  
mas no será, que aun puedo  
luchar y resistir.  
Me voy hácia Vicálvaro,  
y osado espero allí.  
¡Ay de ellos si atrevidos  
me osaren perseguir!

Y salió en efecto al campo.... y todos los liberales de España

batieron palmas y prorumpieron en fervorosos vítores que terminaron con el siguiente

CORO.

Retorna á tus hogares,  
retorna, cazador,  
y premie tus fatigas  
el lauro vencedor.

Tu valor,  
cazador,  
premie el lauro vencedor.

Mientras se aprestan los valientes defensores de la libertad á la gloriosa lucha, volvamos á los desgraciados amores del hijo de María, y de la infortunada esposa del honrado banquero don Fermin del Valle.

